

## EL ALMA DEL PERSONAJE

---

*Edilio Peña*

---

La tarea del autor teatral compite con la tarea de Dios. Dios construye al hombre; el autor construye al personaje. El autor es hijo de Dios; el personaje es hijo del hombre. Esta realidad, que bordea un territorio místico de la creación y la risa, es la metáfora de un engranaje psíquico que el autor pretende descifrar en el ejercicio mismo de su tarea dramática. Pero el personaje no sólo representa una expresión ontológica de la humanidad, también es un continente psicológico, social, político y físico.

Resulta complejo explicar por qué un escritor necesita inventar o crear personajes. Ningún razonamiento complementa las múltiples suposiciones. Lo que sí podemos escarbar es la personalísima forma de construir un carácter con el río de la historia.

Hay tres géneros en los cuales el escritor acostumbra plantearse la construcción de un personaje, ellos son la novela, el cuento y la dramaturgia. En este triángulo de alternativas, la idea juega un papel fundamental, porque la idea es parte del contenido de la imagen que nos atrapa para representarnos mejor la vida del personaje. El núcleo vital de la imagen es la idea, su operatividad está reducida a ella. Pero la imagen nace con una postura, de ahí que la postura sea la primera arquitectura estructural del personaje.

Lo que la idea introduce en la imagen es la acción dramática. La postura es la forma que asume el verbo. No existe imagen sin historia previa o posible. En los propios colores de la pintura, en el mármol pulido de la escultura, la idea motoriza la postura de la imagen. Y cuando un atento espectador se acerca a la obra artística, se desencadena una historia, un sentimiento que muchas veces abundó en la construcción primigenia del artista.

Las novelas de caballería crearon en el gusto popular una imagen de los caballeros andantes, y es muy seguro que esa especie de leyenda que se juntaba con la realidad dibujó una postura en la mente colectiva. Una postura que rebasaba la propia invención y la misma realidad. Cuando Miguel de Cervantes se acerca a esa postura, a esa

imagen de la sin razón caballeresca, la empuja con la adarga de su idea original, la atraviesa con la lanza de su pluma. Desde ese mismo momento, el novelista explora la veta de su conquista con una apasionada historia, que va develando la postura única de un personaje: Don Quijote de la Mancha. La imagen seguirá siendo la misma, pero con una respiración definitiva, la de Don Miguel de Cervantes.

Lo mismo va a ocurrir con el cuento. En "La Forma de la Espada", de Jorge Luis Borges, el escritor inicia uno de sus cuentos de esta manera: "Le cruzaba la cara una cicatriz rencorosa: un arco ceniciento y casi perfecto que, de un lado ajaba la sien y del otro el pómulo. Su nombre no importa". Para cualquier lector que conozca este cuento, sabe que en esas tres líneas iniciales, está contenida toda la historia que posteriormente desarrolla el escritor en un brevísimo cuento. Sin embargo, para un lector que desconozca la historia, también sabe, que esas tres primeras líneas que se ofrecen sin continuidad, está contenida una historia que fácilmente él puede imaginar o especular. Pero, ¿por qué?... Sencillamente porque la imagen que arman esas tres líneas contienen una idea: la cicatriz. En la cual está depositada la historia del personaje, la postura que sintetiza la existencia del relato.

Paradójicamente, así como el escritor de novelas o cuentos, el autor teatral no sabe cómo será definitivamente su personaje antes de comenzar la escritura de su obra teatral, así tenga de antemano la idea clara de lo que podrá ser, pero sin la precisa redondez caracterológica. Y es que el autor teatral, como el escritor en general, comienza a conformar su personaje y por ende a conocerlo, en el proceso de la construcción de la obra, en la arriesgada tarea de construir una escena y otra, vigilia por donde el personaje se viste con cada diálogo, con cada acotación donde realiza una acción. En todo ese periplo de concentración dramática, el autor no sólo es el artífice genuino de la construcción sino que el personaje eclosiona de su corazón con una personalidad que lo supera y rivaliza: el alma nueva.